

la jornada de Masura, fueron vengados por los soldados en la batalla de las Pirámides. Por lo demás, aunque me alegré de encontrar un río caudaloso y un prado verde y fresco, no me admiré, pues, que aquellos eran absolutamente mis ríos de la Luisiana y mis sábanas americanas: solo hubiera deseado encontrar también las selvas en donde coloqué las primeras ilusiones de mi vida.

Mr. de Saint-Marcel, cónsul de Francia en Roseta, nos recibió con la mayor atención; y Mr. Caffé, comerciante francés, y el hombre más amable del mundo, se empeñó en acompañarnos hasta el Cairo. Nos ajustamos, pues, con el patron de una gran barca, el cual nos cedió la cámara de popa, y para mayor seguridad nos asociamos un jefe albanés. Mr. de Choiseul representa perfectamente á estos soldados de Alejandro.

“Estos fieros albaneses serian todavía unos héroes, si tuviesen un Escanderberg á su cabeza; pero ya no son otra cosa que unos bandidos, cuyo exterior anuncia ferocidad. Todos son altos, ágiles y nervudos; su traje consiste en unos calzones muy anchos, una pequeña chupa, un chaleco guarnecido de chapas, cadenas y muchas sartas de botones de plata de forma de aceituna; llevan unos borceguíes atados con correas, que algunas veces suben hasta las rodillas para sostener sobre las pantorrillas unas chapas que toman la misma figura y las preservan del roce del caballo. Sus mantos guarnecidos de galon y listados de muchos colores, acaban de dar á este traje un aspecto muy pintoresco; en la cabeza no llevan más que un gorro de paño rojo, el cual suelen quitarse cuando corren al combate.”<sup>1</sup>

<sup>1</sup> *Viaje á Grecia*. El fondo de vestido de los albaneses es blanco, y los galones rojos.

Los dos días que pasamos en Roseta los empleamos en visitar aquella hermosa ciudad árabe, sus jardines y sus bosques de palmeras. Savary ha exagerado un poco las comodidades de este pueblo; pero sin embargo, no ha mentido tanto como ha querido decirse. El tono declamatorio de sus descripciones ha perjudicado á su autoridad como viajero; pero en justicia debe decirse que la verdad falta más en su estilo que en su narración.

El día 26 al mediodía entramos en nuestra barca, en donde habia un gran número de pasajeros turcos y árabes. Nos engolfamos y empezamos á subir por el Nilo. A nuestra izquierda se estendia hasta perderse de vista una verde marjal, y á la derecha cubrian las orillas del río campos cultivados, detrás de los cuales se descubria la arena del desierto. Palmeras plantadas á diversas distancias indicaban el sitio de algunos lugares, como los árboles que rodean las cabañas en las llanuras de Flandes. Las casas de aquellos lugares, que son de tierra, están elevadas sobre unos montecillos artificiales, precaucion ciertamente inútil, pues comunmente en dichas casas no hay nadie á quien salvar de las inundaciones del Nilo. Una parte del Delta está inculta, porque despues de que los albaneses asesinaron á millares de fellahs, los que quedaron se pasaron al alto Egipto.

Contrariados por el viento y por la fuerza de la corriente, empleamos siete días mortales en subir de Roseta al Cairo. Tan pronto nos remolcaban desde la orilla los marineros, tan pronto caminábamos á favor de una brisa del Norte, que solo soplaba un momento. Deteníamonos con frecuencia para recibir abordó algunos albaneses, y desde el segundo día de nuestra navegacion vinieron cuatro, que lo primero que hicieron fué apoderarse de nuestra cámara,

sin quedarnos mas recurso que sufrir su insolencia y brutalidad. Al menor ruido saltaban sobre cubierta, tomaban sus fusiles, y como unos locos parecia que querian hacer la guerra á unos enemigos ausentes. Yo les ví apuntar á algunos niños que corrian pidiendo limosna por la orilla: aquellos pobres desgraciados, como acostumbrados á tan terribles juegos, se ocultaban detrás de las ruinas de sus cabañas. Durante aquel tiempo nuestros mercaderes turcos bajaban á tierra, se sentaban tranquilamente sobre los talones, volvian la cara hácia la Meca, y hacian en medio de los campos una especie de volteretas religiosas. Nuestros albaneses, medio musulmanes, medio cristianos, gritaban: "¡Mahoma! y ¡Virgen Santa!" sacaban de la faltriquera un rosario, pronunciaban en francés algunas palabras obscenas, se echaban á pecho grandes jarros de vino, disparaban al aire algunos tiros, é iban cayendo y levantando sobre cristianos y musulmanes.

¡Y será posible que las leyes establezcan tanta diferencia entre unos y otros hombres! ¡Y aquellas hordas de bandidos albaneses, aquellos estúpidos musulmanes, aquellos fellahs tan cruelmente oprimidos, habitan los mismos sitios en donde vivió un pueblo tan industrioso, tan pacífico, tan sábio; un pueblo cuyos usos y costumbres se han complacido en pintarnos Herodoto, y sobre todo, Diodoro! ¿Se encuentra en ningun poema un cuadro mas hermoso que este?

"En los primeros tiempos los reyes no se conducian en Egipto de la misma manera que en los otros pueblos, en donde hacen todo que quieren, sin estar obligados á seguir ninguna regla, ni tomar ningun consejo: todo allí les estaba prescrito por las leyes, no solo en lo relativo á la administracion del reino, sino tambien en lo perteneciente á su

particular conducta. No podian hacerse servir por esclavos comprados, ni aun nacidos en su casa, sino que se les daban los hijos de los principales sacerdotes, que siempre debian pasar de veinte años, y ser los mas bien educados del país, á fin de que el rey, teniendo dia y noche alrededor de su persona á la juventud mas distinguida del Egipto, no hiciese ninguna bajeza, ni cosa poco digna de su elevada clase. Con efecto, los príncipes no se abandonan con tanta facilidad á toda suerte de vicios, sino porque encuentran ministros dispuestos á toda hora á servir á sus pasiones. Habia sobre todo ciertas horas del dia y de la noche en que el rey no podia disponer de su persona, y estaba obligado á llenar los deberes prescritos por las leyes. Luego que amanecia, debia leer las cartas que de todos puntos le dirigian, para que instruido por sí mismo de las necesidades de su reino, pudiese proveer lo conveniente y poner remedio en todo. Despues de tomar el baño, se vestia una ropa preciosa, y adornado con otras insignias de la dignidad real, se dirigia á sacrificar á los dioses. Conducidas las víctimas al altar, se ponía en pié el gran sacerdote, y en presencia de todo el pueblo pedia á los dioses guardasen al rey y derramasen sobre él toda suerte de prosperidades, porque gobernaba á sus vasallos con justicia. En seguida enumeraba en la misma oracion todas las virtudes propias de un rey, y continuaba así: "Porque es señor de sí mismo, magnánimo, benéfico, benigno para con los demás, enemigo del dolo; sus castigos no igualan á las faltas, y sus premios sobrepujan siempre á los servicios."

"Despues de haber dicho muchas cosas semejantes, condenaba las faltas en que el rey habia caido por ignorancia; y aunque es cierto que disculpaba de ellas al rey, cargaba

de execraciones á los aduladores y á todos los que le daban malos consejos. El gran sacerdote lo hacia así porque los avisos mezclados con alabanzas son mas eficaces que las reconvenciones severas para inspirar á los reyes el temor de los dioses y el amor á la virtud. Despues de esto, habiendo hecho al rey su sacrificio y consultado las entrañas de la víctima, el lector de los libros santos le leia algunas acciones ó palabras notables de los hombres grandes, á fin de que el soberano de la república, teniendo el espíritu lleno de excelentes principios, pudiera hacer uso de ellos en las ocasiones que se le presentasen."

Es lástima que el ilustre arzobispo de Cambray, en vez de pintar un Egipto imaginario, no tomase este cuadro y le diese los colores con que su bello ingenio hubiera sabido hermosearle. Faydit tiene razon en este solo punto, si es que puede tener razon el que carece absolutamente de decencia, de buena fe y de gusto; pero siempre hubiera sido necesario que Fenelon conservase á toda costa el fondo de las aventuras que inventó y refiere en un estilo tan antiguo: el solo episodio de Termosiris, *vale tanto como un largo poema*:

"Internéme en un bosque sombrío, y al momento descubrí en él á un anciano que tenia un libro en la mano. Su frente era espaciosa, calva y con algunas arrugas; bajábale hasta la cintura una barba blanca: su estatura era elevada y majestuosa, el semblante fresco y colorado; los ojos vivos y penetrantes; la voz apacible, y sus palabras sencillas y cariñosas. Jamás he visto un anciano tan venerable; llamábase *Termosiris*...."

Pasamos por el canal de Menuf, lo que me impidió ver el hermoso bosque de palmeras que se encuentra á la orilla del brazo del Oeste; mas los árabes infestaban entonces

la costa occidental de aquel brazo que toca en el desierto líbico. Al salir del canal de Menuf, y continuando rio arriba, descubrimos á nuestra izquierda la cresta del monte Maqattam, y á nuestra derecha las altas dunas de arena de la Libia. A poco rato, por el espacio que dejaba la separacion de estas dos cadenas de montañas, descubrimos las cúspides de las pirámides, de las cuales distábamos mas de diez leguas. Hasta que concluimos nuestra navegacion, que duró aun mas de ocho horas, permanecí sobre cubierta contemplando aquellos sepulcros, que parecia se engrandecian y subian hasta el cielo á medida que nos aproximábamos. El Nilo, que era entonces como un pequeño mar; la mezcla de las arenas del desierto y de la mas fresca verdura, las palmas y los sicómoros; las cúpulas, las mezquitas y los minaretos del Cairo; las remotas pirámides del Sacarah, en donde el rio parece que sale de sus inmensos depósitos; todo esto formaba un cuadro que no tiene igual sobre la tierra. "Mas por mucho que se esfuerzen los hombres, dice Bossuet, en todas partes se descubre su nada: ¡aquellas pirámides eran unos sepulcros! y los reyes que las levantaron, no tuvieron siquiera poder para ser enterrados en ellas; ni aun pudieron gozar de su sepulcro."

Confieso, sin embargo, que al primer aspecto de las pirámides, quedé sobrecogido de admiracion. Bien sé que la filosofía puede gemir ó sonreirse al considerar que el monumento mas grande que ha salido de la mano de los hombres, es un sepulcro; mas ¿por qué no hemos de ver en la pirámide de Cheops mas que un monton de piedras y un esqueleto? No es por cierto el sentimiento de su nada el que ha inspirado al hombre que levantara tal sepulcro, sino el instinto de su inmortalidad: aquel sepulcro no es el límite que anuncia el fin de una carrera de un dia, sino el

umbral que señala la entrada de una vida sin término; es una especie de puerta eterna edificada en los confines de la eternidad. "Todos los pueblos de Egipto, dice Diodoro de Sicilia, miran la duración de la vida como un tiempo muy corto y de poca importancia, al paso que fijan mucho la atención en la larga memoria que deja la virtud en pecs de sí; y por esta razón llaman á las casas de los vivos posadas, por las cuales no se hace mas que pasar; y dan el nombre de moradas eternas á los sepulcros de los muertos, de las cuales nunca se sale. De ahí es que los reyes que miraron con indiferencia la construcción de sus palacios, echaron el resto en las fábricas de sus sepulcros."

Quisiérase en el día que todos los monumentos tuviesen una utilidad física, y no se considera que existe para los pueblos una utilidad moral de orden muy superior, la cual era el objeto de las legislaciones de la antigüedad. ¿Enseña algo la vista de un sepulcro? Si enseña alguna cosa, ¿por qué quejarnos de que un rey haya querido hacer perpetua la lección? Los grandes monumentos forman una parte esencial de la gloria de toda sociedad humana. Como no quiera sostenerse que es igual para una nación el dejar ó no dejar un nombre en la historia, no pueden condenarse esos edificios que llevan la memoria de un pueblo hasta mas allá de su propia existencia, y le hacen vivir como contemporáneo entre las naciones que van á establecerse á aquellos campos abandonados. ¿Qué importa en este caso que los edificios hayan sido anfiteatros ó sepulcros? Todo es sepulcro en un pueblo que no existe. Cuando muere el hombre, los monumentos de su vida son mas vanos aún que los de su muerte, porque su mausoleo al menos es útil á sus cenizas; pero sus palacios nada conservan ya de sus placeres.

Considerando la cosa con rigor, una pequeña huesa basta á todos, y seis piés de tierra, como decia Mateo Molé, bastarán siempre para el hombre mas grande del mundo. Dios puede ser adorado bajo un árbol como bajo la cúpula de San Pedro, y lo mismo puede vivirse en una cabaña que en el Louvre; el vicio de este discurso es el de trasladar un orden de cosas á otro. Por otra parte, un pueblo no es mas dichoso cuando vive ignorante de las artes, que cuando deja brillantes monumentos de su génio. Nadie cree ya en aquellas sociedades de pastores que pasan su vida en la inocencia, paseando su dulce ociosidad por las florestas: se sabe que aquellos honrados pastores se hacen mutuamente la guerra para robar cada uno las reses del vecino. Sus grutas no están entapizadas de pámpanos ni embalsamadas con el aroma de las flores; antes bien en ellas se halla uno ahogado por el humo y sofocado por el mal olor de la leche fermentada. En poesía y en filosofía, un pequeño pueblo semi-bárbaro puede gozar de todos los bienes de la vida; pero la inexorable historia le somete á todas las calamidades que afligen al resto de los hombres. Los que declaman tanto contra la gloria, ¿no tendrían una poca afición á la celebridad? En cuanto á mí, lejos de mirar como un insensato al rey que hizo edificar la gran pirámide, le considero, por el contrario, como un monarca magnánimo; porque la idea de vencer al tiempo por un sepulcro, y forzar á las generaciones, las costumbres las leyes y las edades á estrellarse al pié de un ataúd, no pudo nacer de una alma vulgar. Si en ellos se ve el orgullo, es siquiera un orgullo grande, porque una vanidad como la de la gran pirámide, que dura hace tres ó cuatro mil años, bien puede á la larga contarse por algo.

Por lo demás, estas pirámides me recordaron unos mo-

numerosos menos pomposos, pero que tambien eran sepulcros; hablo de aquellos edificios de césped que cubren las cenizas de los indios á las márgenes del Ohio. Cuando yo lo visité, el estado de mi alma era muy diferente del que tenia cuando contemplaba los mausoleos de los Faraones: entonces comenzaba yo el viaje, y ahora le concluyo; y el mundo en estas dos épocas de mi vida, se me ha presentado precisamente bajo la forma de dos desiertos, en donde he visto esas dos especies de sepulcros. Soledades risueñas y áridos arenales.

Llegamos á Boulacq, y alquilamos caballos y borricos para pasar al Cairo. Esta ciudad, dominada por el antiguo castillo de Babilonia y el monte Mogattam, ofrece un aspecto muy pintoresco, á causa de la multitud de palmeras, sicómoros y minaretos que se elevan en su recinto. Entramos por unos muladares y por un arrabal destruido, en medio de los buitres que estaban devorando su presa, y nos apeamos en el barrio de los Francos, especie de calle sin salida, cuya entrada se cierra por las noches, como los claustros exteriores de un convento. Nos alojamos en casa de M. . . .<sup>1</sup> á quien Mr. Drovetti habia encargado los negocios de los franceses en el Cairo. Nos tomó bajo su proteccion, y avisó al bajá nuestra llegada, disponiendo al mismo tiempo que la hiciesen saber á los cinco mamelucos franceses, á fin de que nos acompañasen á todas partes.

Estos mamelucos estaban agregados al servicio del bajá. Los grandes ejércitos siempre dejan en pos de sí algunos

<sup>1</sup> Por una fatalidad el nombre de mi huésped del Cairo se ha borrado de mi diario, y como no estoy seguro de haberle retenido con exactitud, no me atrevo á escribirlo. Jamás me perdonaria semejante desgracia si mi memoria pudiese ser tan infiel á los servicios, á la atencion y á la política de mi huésped, como lo ha sido á su nombre.

rezagados: el nuestro perdió de este modo dos ó trescientos soldados, que se quedaron desparramados por el Egipto, y que habiendo tomado partido con diferentes beyes, no tardaron en hacerse famosos por su bravura. Todos convienen en que si aquellos desertores, en lugar de dividirse se hubiesen reunido, y hubieran nombrado un bey francés, se hubieran hecho dueños del país. Desgraciadamente les faltaba un jefe, y casi todos murieron sirviendo á los señores que habian escogido. Cuando yo me hallaba en el Cairo, todavía lloraba Mahamed-Alí-Bajá la muerte de uno de aquellos valientes. Este soldado, que habia empezado la carrera de tambor en uno de nuestros regimientos, cayó en una accion prisionero de los turcos, y ya crecido, se encontró alistado en las tropas del bajá. Mahamed, que aun no le conocia, viéndole cargar sobre un cuerpo enemigo, exclamó: "¿Quién es aquel hombre? Precisamente será un francés." Con efecto, era un francés. Desde aquel momento fué el favorito de su amo, y solo se hablaba de su valor; pero lo mataron poco antes de mi llegada á Egipto en una refriega en que los otros cinco mamelucos perdieron sus caballos.

Estos eran gascones, del Langüedoc y de Picardía, y el cabo manifestaba ser hijo de un zapatero de Tolosa. El segundo en autoridad servia de intérprete á sus camaradas. Hablaba bastante bien el turco y el árabe, y cuando hablaba en francés, siempre decia: *Yo éramos, yo íbamos, yo hacíamos*. El tercero era un jóven alto, seco y amarillo, y habia vivido mucho tiempo en el desierto con los beduinos, y sentia mucho haber dejado aquella vida. Solia contarme que cuando se encontraba solo en los arenales montado sobre un camello, le acometian unos trasportes de alegría, que no podia reprimir. El bajá hacia tanto aprecio de aque-